



UNIVERSIDAD METROPOLITANA DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y EDUCACIÓN
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

**PENSAR LA CIUDAD: REFLEXIONES ACERCA DEL ESPACIO
URBANO EN EL PENSAMIENTO DE ARISTÓTELES, MICHEL
FOUCAULT Y HUMBERTO GIANNINI.**

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PROFESORA DE FILOSOFÍA

AUTORA: ANGELINA QUEZADA F.
PROFESOR GUÍA: ALEJANDRO MADRID. Z.

SANTIAGO DE CHILE, ABRIL 2017

Autorizado para

Sibumce Digital



Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación
Sistema de Bibliotecas UMCE



IDENTIFICACIÓN DE TESIS/INVESTIGACIÓN

Título de la tesis, memoria o seminario: Pensar la ciudad: Reflexiones acerca del espacio urbano en Aristóteles, Michel Foucault y Humberto Giannini

Fecha: Abril 2017

Facultad: Filosofía y Educación

Departamento: Filosofía

Carrera: Pedagogía en Filosofía

Título y/o grado: Licenciatura en Educación y Pedagogía en Filosofía.

Profesor guía: Alejandro Madrid Z.

AUTORIZACIÓN Se autoriza la reproducción total o parcial de este trabajo de investigación para fines académicos por cualquier medio o procedimiento, siempre que se haga la referencia bibliográfica que acredite el presente trabajo y sus autores/as, y a su vez el alojamiento de éste en el repositorio institucional SIBUMCE del sistema de bibliotecas UMCE.

Angelina Quezada Fredes

Santiago de Chile, Abril de 2017

A mi familia

TABLA DE CONTENIDOS

Pág.

INTRODUCCIÓN

Pensar la ciudad: La filosofía y el estudio de los fenómenos territoriales urbanos

Problemas urbanos contemporáneos	1
Los lenguajes y sentidos de la ciudad	4
El diálogo entre filosofía y geografía cultural	8
Acerca de la noción de espacio en la filosofía	9

CAPÍTULO I. Espacio y política: representación y planificación de la ciudad

utópica aristotélica. 14

1.1 La ciudad ideal en La Política de Aristóteles	14
---------------------------------------------------	----

CAPÍTULO II. Espacio y poder: Heterotopía y relaciones de poder en el espacio urbano 22

2.1 Heterotopía: Acerca de los espacios otros	25
2.2 Sobre el rol de la arquitectura	27
2.3 Tres ciudades: relaciones de poder en el espacio urbano	31

CAPÍTULO III. Espacio y vida cotidiana: los lugares en la filosofía de Humberto Giannini. 33

REFLEXIONES FINALES 39

BIBLIOGRAFÍA 42

RESUMEN

El presente trabajo tiene por objetivo reconocer los vínculos entre la filosofía y los estudios urbanos. Para ello se propone el análisis de distintos momentos en la disciplina en donde la ciudad y el espacio cobran importancia en relación a la experiencia de los sujetos que la habitan. La entrada de la filosofía a la reflexión sobre la ciudad nos lleva a apreciar las singularidades, relatos y representaciones que se han configurado en torno al espacio urbano en la historia del pensamiento occidental. En este sentido, la ciudad, hoy más que nunca es concebida como un territorio en disputa. Pues, en relación a ella, se han configurado una serie de interpretaciones que se tensionan entre sí, y que en un sentido estricto, son la base de gran parte de los conflictos.

En la ciudad confluyen diversas interpretaciones del espacio, aspecto fundamental para entender las disputas en torno al territorio urbano. En la actualidad, no existe disciplina que pueda delimitar estrictamente bajo sus dominios el estudio de la ciudad. No obstante, emergen visiones que se han establecido como interpretaciones hegemónicas de los conflictos en la ciudad, y que en definitiva, han contribuido a apreciar los espacios de la ciudad como sectores neutros e inertes, ausentes de conflicto, cuantificables y objetivos.

El aporte de la filosofía al estudio del espacio urbano corresponde a una propuesta interpretativa que reflexiona en torno a la concepción de espacio y la forma en que se articula en distintos proyectos urbanos. Inicialmente, abordando la visión de la polis como espacio de lo político en Aristóteles, y que conforma así un prototipo de ciudad ideal. Para continuar con el análisis foucaultiano acerca del valor de la categoría de espacio en el ejercicio del poder soberano, la ciudad disciplinaria y la sociedades de control. Visión fundamental, pues inserta la perspectiva de la planificación urbana y la conformación del espacio racionalista, euclidiano y geométrico como una de las técnicas disciplinarias del ordenamiento del cuerpo en el espacio. Para concluir con el estudio del filósofo chileno, Humberto Giannini, y la relación entre una topografía de la vida cotidiana y la existencia del sujeto en su discurrir diario.

INTRODUCCIÓN

La filosofía y el estudio de los fenómenos territoriales urbanos

A mediados del 2014, una mujer se queja ante un medio de prensa a causa de la escasa duración de la luz verde de un semáforo de peatones: “La verdad es que el semáforo que viene siempre cambia antes de color, el niño se me puede arrancar y esto en la noche es terrible. Yo quiero que la duración del semáforo sea más larga. Para los vehículos son un minuto, mientras que para los peatones son quince segundos y con eso uno no alcanza, menos si se anda con niños. Que las autoridades hagan la prueba de andar caminando con niños en la calle”¹. Ante la misma situación, una mujer de la tercera edad se refería a lo problemático que le significaba cruzar una avenida de la capital: “me da miedo atravesar, no vengo casi nunca pa’ acá. Sería bueno que el semáforo fuese más largo. Uno debe solicitar ayuda a carabineros para poder cruzar la calle por la vejez y la salud. Carabineros debe detener el tránsito para que uno pueda pasar”².

Ante las denuncias, el ingeniero en transportes, Jaime Bravo, responde acerca de la dificultad de modificar la duración de los semáforos en Santiago: “Es muy difícil, porque sucede que estas ciudades son cuadrículas, vienen de las antiguas crecidas. Coordinar y sincronizar como marea toda una banda de verde es complejo. Cada vez que tu alteras un cruce alteras la malla.”³ Según el experto, la principal razón que permite entender la molestia manifestada por los peatones, corresponde a la escasa consideración de la singularidad de habitantes en el proceso de planificación urbana. Y al respecto, señala que “[...] hay algunos expertos que tratan de definir y decidir que las ciudades tienen que ser para jóvenes de veinte años con una tremenda estructura física y se olvidan que en la ciudad existen personas no videntes, minusválidos, niños, personas obesas, existen ancianos, mamás que tienen que cruzar con

¹ “Abuelitos en problemas: la ciudad contra las personas” Chilevisión, Santiago, 2014.

² Ibídem

³ Ibídem

coches. Han olvidado eso. Nosotros necesitamos entender que hay que hacer ciudades para todos.”⁴

Esta situación, así como tantas otras, tales como: el crecimiento exacerbado del parque automotriz, la densificación inmobiliaria o la pérdida de espacios verdes, constituyen problemáticas que permiten adentrarnos en las formas de percepción y organización del espacio urbano en nuestras ciudades contemporáneas. Estos fenómenos, van dejando al descubierto tensiones, conflictos y procesos de homogenización de las experiencias urbanas que se configuran como factores importantes al momento de apreciar la precariedad de la calidad de vida en las ciudades. La heterogeneidad de habitantes pareciese estar ausente en la planificación y organización del espacio urbano. Bajo esta perspectiva, la ciudad se ha convertido en un territorio en disputa, pues en ella se despliegan una multiplicidad de sentidos, representaciones y apropiaciones que difícilmente podrían llegar a coincidir. Surge la necesidad de profundizar en la base del problema; en este caso, en los valores que adquiere el espacio en la ciudad. Pues, el desagrado, la molestia o el miedo que presentan las personas al enfrentarse a la situación antes narrada, es principalmente una problemática en torno a la percepción del espacio y el sentido de habitabilidad que se construye en torno a este.

Hacinamiento habitacional, destrucción de barrios históricos por el avance inmobiliario, conectividad deficiente, contaminación atmosférica, aumento de espacios de consumo masivo y la proliferación de autopistas de alto flujo son algunos de los fenómenos que caracterizan el espacio urbano actual. Tanto la arquitectura como el urbanismo han sido disciplinas que delimitaron bajo sus dominios el estudio de estas problemáticas. Sin embargo, la complejidad de estos fenómenos ha agotado los principios explicativos de estos campos, e instalan la necesidad de ampliar la perspectiva disciplinaria para así comprender en profundidad la integralidad de elementos y relaciones que se articulan entre las personas y el espacio en el que habitan. Es imposible continuar bajo los sesgos disciplinarios que han hegemonizado el estudio de la ciudad bajo preceptos científico-técnicos, puesto que han homogenizado la percepción del espacio y la experiencia urbana de sus habitantes,

⁴ Ibídem.

Se debe realizar un giro disciplinario con respecto a la apreciación de la ciudad y el espacio urbano. Es precisamente aquí donde descubrimos el reverso de la experiencia urbana homogénea, y nos adentramos en la multiplicidad de sentidos que adquiere la ciudad desde las visiones heterogéneas que la convierten en un espacio singular, un espacio político o un espacio donde se materializan las relaciones de poder. He ahí la importancia de la filosofía en el estudio de la ciudad y los conflictos que en ella se suscitan.

El objetivo de este trabajo es adentrarnos en tres momentos en la filosofía en los que se ha profundizado en la representación de la ciudad y los espacios urbanos. La ciudad no solo es expresión del urbanismo o producto de la arquitectura, sino que también concentra una multiplicidad de sentidos, en donde la filosofía ha podido reconocer los valores, simbolismos y significados que se construyen en torno a sus espacios, las experiencias urbanas y las formas de organización de la ciudad.

El primer capítulo se centra en la configuración de un proyecto de ciudad por parte de Aristóteles en *La Política*. Desde esta perspectiva se presenta una planificación de una ciudad orgánica que configura sus espacios en torno a la participación política y la segregación de los sujetos que son excluidos de esta. La polis aristotélica emerge con una jerarquización de los espacios y una división del trabajo que define el orden político.

El segundo capítulo busca destacar el valor que asigna Michel Foucault al estudio del espacio y la ciudad. Por una parte, abordando la noción de Heterotopía, y por otra, la manifestación del poder en el espacio urbano. Esto último deja de manifiesto la forma en que se ha percibido la ciudad a lo largo de la historia de occidente, reconociendo la emergencia de tres modelos urbanos ligados al ejercicio del poder, estos son: la ciudad soberana, la ciudad disciplinaria y la ciudad del biopoder.

Y por último, nos adentramos en la relación de la ciudad y la vida cotidiana de sus habitantes. La visión del filósofo chileno, Humberto Giannini, nos permite apreciar las singularidades que se concentran en torno a los espacios urbanos, específicamente en lo que respecta al domicilio, el lugar de trabajo, la calle, la plaza y el bar. Con este propósito, Giannini, busca

dar cuenta de una topografía de la vida cotidiana que refleja la experiencia individual y el encuentro con los otros.

Una de las críticas que se manifiestan en este trabajo guarda relación con la primacía del estudio del espacio urbano desde una visión excluyente. La complejidad de las problemáticas que ocurren en las ciudades contemporáneas nos indica que existe una lectura que ha privilegiado la noción de espacio desde una perspectiva racional y absoluta, una lectura que excluye el orden simbólico y vivencial en los espacios de la ciudad. Sostenemos que en gran medida, los conflictos que en la ciudad se suscitan ocurren por dicha inclinación, puesto que en la actualidad las transformaciones en el espacio urbano ocurren desde afuera, no existe una efectiva inclusión de la visión de sus habitantes, sino que puramente la consideración del espacio como un abstracto, un homogéneo. Haciéndolo el territorio de técnicos, ingenieros y urbanistas.

Los lenguajes y sentidos de la ciudad

Desde la Antigüedad, la ciudad ha sido un medio de supervivencia de la especie humana. A lo largo del tiempo, ha ido generando una multiplicidad de valores que la han convertido en el constructo sociocultural en torno al que los hombres construyen su habitar. La ciudad no solo ha sido una elaboración material, sino también una constante resignificación de sentidos a lo largo de la historia. Tal como lo afirma el antropólogo argentino, Ariel Gravano, en torno a la ciudad existe:

“[...] una renovación constante de los procesos en que los hombres han construido su habitar, una permanente resignificación en el tiempo. Al hablar de la ciudad no solo nos estamos remitiendo a la dimensionalidad material y organizacional de su espacialidad, sino que también a la diversidad de ideales y utopías sociales que existen tras la planificación del espacio urbano. La ciudad ha encarnado a lo largo de la historia el progreso y las rupturas con lo natural, con lo dado y lo prescrito. Sobre todo en su versión industrial, la ciudad ha

representado siempre la entrada y el ámbito de la modernidad misma y ha sido el escenario clásico de lo público” (2013:41)

La ciudad se ha convertido en territorio en disputa. Esto es a raíz del constante tensionamiento de sentidos que en esta convergen, ya sea de parte de sus habitantes o entre los lenguajes que la definen. De esto último, rescatamos la comparación entre los lenguajes antagónicos del escritor, el artista o el filósofo, frente a los discursos del ingeniero y el urbanista. El filósofo francés, Oliver Mongin (2006), reconoce que en relación a la ciudad no es posible determinar la existencia de un solo relato, puesto que en ella se entrecruzan discursos producidos desde el afuera y el adentro, provocando así una oscilación entre la ciudad en cuanto objeto y sujeto.

“Mientras el escritor describe la ciudad desde adentro, el ingeniero y el urbanista la diseñan desde afuera, tomando altura, tomando distancia. El ojo del escritor ve de cerca, el ojo del ingeniero o del urbanista, de lejos [...] Pero, ¿hay otra opción que no sea valorizar, por un lado, un enfoque macroscópico, que asocie lo urbano con un plano y con una maqueta, que valorice el diseño del arquitecto, el sentido de la vista, el enfoque que da lugar a esquemas directores y a políticas urbanas o bien, por otro, privilegiar un imaginario de la ciudad, el de los transeúntes, los caminantes, los pasajes, el enfoque que expresan los creadores, el poeta, el artista, pero también el hombre banal, el hombre enamorado de la falsa banalidad de lo cotidiano? Entre ciencia y fenomenología, entre saber objetivo y narración, la ciudad oscila entre una “ciudad objeto” y una “ciudad sujeto”. (36p)

Esta oscilación entre *ciudad objeto* y *ciudad sujeto* se debe a los distintos valores que adquieren los conceptos de espacio y lugar en la realidad urbana. Esta tensión nos permite apreciar cómo es que en relación a los espacios urbanos se configuran distintas apreciaciones, puesto a que enfrentan el espacio como categoría abstracta y también como un constructo sociocultural. Para el lenguaje técnico, de urbanista e ingenieros, el espacio corresponde “a un orden que distribuye los elementos en relaciones de coexistencia. El ojo

del arquitecto excluye en efecto que dos cosas puedan estar en el mismo lugar al mismo tiempo, cuando eso es precisamente lo que sueña la imaginación del artista.” (Mongin, 2006: 37).

Con respecto a la filosofía, Henri Lefebvre, es uno de los principales autores que plantea la necesidad de destacar la importancia de la disciplina filosófica en el área de los estudios urbanos. Es debido a esto que sus obras se ha concentrado en esta relación, incluyendo diversas expresiones de esta. Por una parte, reconoce que tanto ciudad como filosofía no pueden pensarse por separado, puesto que la filosofía nace desde un proceso de división del trabajo que delimita el espacio urbano del espacio rural. En este sentido, este proceso demarcatorio constituye la separación del trabajo material y el trabajo intelectual, y, por consiguiente, entre lo natural y lo espiritual (Lefebvre, 1969).

Por otra parte, se manifiesta en contra de los propósitos de las ciencias parcelarias en lo que respecta a las problemáticas urbanas, puesto que han logrado imponer una reducción de la complejidad del tema, rechazando a otros campos debido a que cuestionan sus afirmaciones. Este es el caso de las ciencias positivas y el urbanismo. Para Lefebvre (2013) la reducción como procedimiento científico empleado ante las observaciones inmediatas, corren el riesgo de caer en un reduccionismo que no deja de mostrar su apariciencia de cientificidad y que no constituye sino una práctica política que omite y neutraliza las contradicciones que emergen en la sociedad (14p).

El autor sostiene que es necesario visibilizar los alcances del poder del urbanismo en materia de los conflictos urbanos. Pues se define como una ciencia objetiva, sin embargo, esconde un sustrato ideológico complejo. Según Lefebvre, el urbanismo:

“[...] interpreta los conocimientos parciales, y justifica las aplicaciones, elevándolas a una totalidad mal fundada o mal legitimada [...] Estudiar los problemas de circulación, de transmisión de ordenes en la gran ciudad moderna, conduce a conocimientos reales y técnicas de aplicación. Declarar que la ciudad se define como red de circulación y comunicación, como centro

de informaciones y decisiones, es una ideología absoluta; esta ideología procedente de una reducción-extrapolación particularmente arbitraria y peligrosa se presenta como verdad total y dogma, utilizando medios terroristas. Conduce al urbanismo de tuberías, viales y cálculos que se pretende imponer en nombre de la ciencia y el rigor científico, cuando no por medios peores.” (Lefebvre, 1969: 59)

El rechazo de Lefebvre a la reducción del espacio de parte de las ciencias parcelarias tiene por finalidad una apertura del concepto. La ciencia positiva lo ha delimitado como una noción geométrica, vacía, inerte e ininteligible, y esto lo que el autor críticamente duramente. Pues constituye “[...] la imposición de una determinada visión de la realidad social y del propio espacio, imposición de unas determinadas relaciones de poder. Una ilusión que rechaza ni más ni menos que el espacio sea un producto social” (Lefebvre, 2013: 64). Y en cambio, propone que el espacio sea entendido como una producción social, es el resultado de las prácticas sociales, las experiencias individuales y colectivas de los sujetos. Al entender el espacio como una producción social, Lefebvre, nos permite apreciar que se trata de algo que se consume, se utiliza, se valoriza y resignifica. Sin embargo, no es un constructo social como tantos otros, sino que uno que interviene en la producción de los mismos (Ibidem).

Para abordar el estudio de la producción del espacio, Lefebvre, propone una triada conceptual compuesta por: las prácticas espaciales, las representaciones del espacio y los espacios de representación. Tales dimensiones abordan tres tipos de espacio: el espacio percibido, las representaciones del espacio y los espacios de representación, respectivamente. El espacio percibido corresponde al espacio de la experiencia material, en donde se relaciona realidad cotidiana y urbana. En relación a las representaciones del espacio, este corresponde al espacio de los científicos, expertos y los planificadores urbanos. Y finalmente, los espacios de representación corresponden al orden de lo imaginario y simbólico, el espacio de lo vivido. Los conflictos urbanos corresponden al enfrentamiento entre estas tres dimensiones del espacio.

Al prestar atención a la triple dimensión de la espacialidad urbana, Lefebvre, busca superar el proceso de *heteronormización del espacio*. Es decir, “ la superación de un espacio que se sitúa fuera del alcance del usuario, del habitante, del ciudadano y que desdeña su carácter vivido, al espacio practicado, posicionándolo en un absoluto filosófico-matemático, en una abstracción fetichizada que lleva al usuario a hacer abstracción de sí mismo: reducido a quien asume los códigos, las señales, las prohibiciones y las imposiciones del espacio percibido” (Lefebvre, 2013: 16)

El diálogo entre filosofía y geografía cultural

En la actualidad, la geografía ha experimentado una ampliación de sus ambiciones explicativas. Desde la modernidad, se planteaba como una disciplina que tenía por objeto la descripción razonada de la tierra, la distribución espacial de sus habitantes o la diversidad paisajística. Hasta mediados del siglo XX, muchos geógrafos reconocían que su carácter de ciencia positiva podría brindarle una mayor preponderancia ante otros campos como la economía, la arquitectura o la historia. Sin embargo, el arribo del posmodernismo y la crisis de los metarrelatos no la dejan exenta de profundas transformaciones. Hoy son muchos los geógrafos quienes tras alejarse de la ciencia moderna afirman que “quien no comprenda a Derrida, a Foucault o a Lyotard, e ignore los códigos de la estética y la semiótica, no tiene el derecho de portar la escarapela de geógrafo. Para ellos, que insisten en la superioridad del conocimiento local, la historia reciente de la disciplina ha reservado el apelativo de geógrafos posmodernistas” (Delgado Mahecha, 2003: 123).

La filosofía posestructuralista ha influido en la disciplina geográfica, específicamente en lo que respecta a la revalorización de lo singular, el espacio y los lugares para comprender nuestra realidad actual. En este sentido, la crítica a la modernidad radica en que no brindaron al espacio un status significativo como categoría de análisis, “[...] pues por privilegiar el tiempo y la historia lo consideraron algo muerto, vacío, inmóvil, no dialéctico y como un mero escenario del acontecer histórico” (Delgado Mahecha, 2003: 131). Los geógrafos han ido transformando la noción de espacio empleada para la descripción del territorio y la

relación que entablan los sujetos con el medio, conformando así el área de la geografía cultural.

La geografía cultural sostiene que los paisajes son producidos, corresponden a una construcción social, pero que además son percibidos por los individuos o las comunidades mediante las representaciones de visiones ideales de artistas, escritores, urbanistas u hombres de la ciencia. Desde la perspectiva de la geografía cultural “[...] el nuevo paisaje de los geógrafos está cargado de retórica, y expresa, además del producto material de las relaciones de la sociedad con la naturaleza, formas específicas de mirarlo, representarlo y narrarlo” (Delgado Mahecha, 2003:131). Al reconocer que un paisaje, sea urbano o rural, puede ser entendido en cuanto texto que se puede descifrar, se hacen visibles las construcciones simbólicas que se circunscriben en un ambiente material.

La importancia del encuentro entre estas dos disciplinas nos permite valorizar la experiencia de los estudios interdisciplinarios al momento de afrontar las problemáticas urbanas. Es imposible reducir la experiencia urbana y los conflictos que en torno a esta emergen, bajo los preceptos analíticos de tan solo un campo de conocimiento, pues se corre el riesgo de una visión totalizante que no guarde relación con la realidad social. El ejemplo de la filosofía y la geografía cultural conforman un intento significativo por afrontar los conflictos urbanos y territoriales de forma íntegra, reconociendo el valor de lo particular, las representaciones e imaginarios como elementos válidos para el estudio de la ciudad.

Acerca de la noción de espacio en la filosofía y las ciencias sociales

En la actualidad, la principal característica del concepto espacio radica en la diversidad de acepciones que han sedimentado distintas disciplinas en torno a su comprensión. El espacio presenta definiciones desde las humanidades hasta las ciencias físicas, y que sin duda, representan un sinfín de desencuentros entre los campos de saber al momento de interpretar los fenómenos urbanos de nuestro tiempo. Hoy es imposible afirmar la ausencia de controversias al interior de la arquitectura, la geografía, o la ingeniería con respecto a la

definición de espacio que emplean ante la comprensión de problemáticas que emergen en la sociedad contemporánea, específicamente ante el aumento de la conflictividad social a raíz de la pérdida de la calidad de vida y sustentabilidad en las ciudades.

Los conceptos de espacio y lugar son piedras angulares en el estudio de los conflictos territoriales contemporáneos. No obstante, esta condición guarda una complejidad en sí misma. Por una parte, permite la comprensión de las relaciones que entablan los sujetos con el ambiente en el que se desenvuelven, pero por otra, la gran diversidad de acepciones disciplinares han propiciado desencuentros en relación a los sentidos que adquiere el entorno al momento de elaborar estrategias de desarrollo en las ciudades. El caso de la experiencia urbana es un ejemplo, puesto que los conflictos que emergen en nuestras ciudades pueden tener en su origen una contraposición del sentido del espacio, lo que proyecta representaciones simultáneas de la ciudad y la experiencia urbana que se tensionan o terminan por imponerse unas sobre otras.

Tanto las ciencias normales, la filosofía o las ciencias sociales han aportado distintas acepciones sobre el espacio, lo que ha permitido que se contemple en la actualidad como un concepto interdisciplinario. Sin embargo, durante mucho tiempo se ha impuesto una visión hegemónica del concepto, en donde se ha presentado el espacio como un receptáculo vacío e inerte, como un espacio geométrico, euclidiano, que sólo posteriormente sería ocupado por cuerpos y objetos. Este espacio se ha hecho pasar por completamente inteligible, completamente transparente, objetivo, neutral y con ello, inmutable y definitivo (Lefebvre, 2013). Ante tal escenario, la filosofía no puede quedar ausente del debate acerca de las condiciones de vida de nuestras ciudades. La filosofía permite comprender de forma integral la dimensión material y simbólica de la experiencia de los sujetos y su entorno, aportando perspectivas que han permanecido históricamente ausentes en la planificación y desarrollo urbano.

Desde la filosofía clásica, en Platón y Aristóteles encontramos algunos de los primeros postulados sobre el espacio. Ambos relacionados con la comprensión del mundo natural, conforman una influencia importante para el pensamiento científico. Por una parte, el

concepto es trabajado, principalmente en *el Timeo*, dialogo en el que Platón se acerca a la física, la naturaleza y la conformación del mundo material, siendo la obra inicial de una trilogía de diálogos que nunca fue acabada. En este diálogo el filósofo se refiere a los tres elementos primigenios⁵ en la conformación demiurgica del Universo, estos son: las ideas, la materia y el espacio. En el caso de Aristóteles, el espacio se encuentra definido en *La Física* y pensado a raíz del concepto de lugar. La definición aristotélica de lugar alude a la superficie primera e inmóvil de un cuerpo que rodea a otro o, para decirlo más claramente, el espacio en el cual un cuerpo es colocado. Cada cuerpo ocupa su lugar, ocupación singular y exclusiva.

En la época moderna, se experimenta un cambio significativo con respecto a la concepción del espacio, pues irrumpe el absoluto y la concepción geométrica. Entre los principales exponentes de la visión racionalista del espacio encontramos a René Descartes e Immanuel Kant. El primero proporciona una segunda aproximación a la idea de espacio, y rompe así con la tradición aristotélica como categoría organizadora de los hechos sensibles. Con la irrupción de la razón cartesiana, el espacio será entendido como extensión, o sea, la propiedad esencial de la materia. No existe espacio vacío, espacio y materia no pueden disociarse (Benítez, 2013). En el caso de Kant, elabora una nueva categorización del espacio, esta vez entendido, junto con el tiempo, como formas puras de sensibilidad, organizadores de las impresiones sensibles. Tanto espacio y tiempo son principios a priori a la existencia de los fenómenos. Según Kant, espacio y tiempo son las condiciones de posibilidad de los fenómenos empíricos.

El espacio también cobra importancia en la teoría política de Carl Schmitt, específicamente en el *Nomos de la tierra*. Instancia en donde el autor lleva a cabo una reflexión histórica acerca de la estructuración del espacio por parte de los hombres a lo largo del tiempo. A través del nomos de la tierra se reflexiona en torno al hombre y espacio. El nomos de la tierra sería el conjunto de espacios del planeta, principio fundamental que ordena, asigna y distribuye desde un espacio determinado, fundando las categorías de lo político y lo jurídico para las sucesivas representaciones del mundo y el cosmos (Schmitt, 1950). El aporte de Schmitt es que permite valorar el rol que juega la organización del espacio en las formas de

⁵ Categorías

coexistencia de los hombres. El hombre está relacionado al espacio terrestre, elabora un universo simbólico de su entorno a partir del territorio durante las distintas fases del discurrir histórico.

Desde la fenomenología también se elabora una conceptualización del espacio que implicará un quiebre con la filosofía racionalista del espacio geométrico. En esta vertiente encontramos los postulados de Merleau Ponty, en la *Fenomenología de la percepción*. El autor se distancia del espacio euclidiano para la consecuente valorización del espacio experiencial y vivido. Desde esta perspectiva el espacio corresponde al lugar de experiencia y relación con el mundo, de los seres situados y en relación con el mundo, del espacio habitado. De esta forma se va configurando una noción de espacio vivido de carácter histórico y temporal, con primacía de la percepción de los individuos. Así se rechaza que el espacio sea una construcción del intelecto y prima el espacio experiencial, de la forma en que los sujetos se relacionan con el mundo. (Merleau Ponty, 1993)

Desde la antropología cultural, Marc Auge brinda una distinción del concepto de lugar antropológico. Para el autor los lugares antropológicos poseen tres características fundamentales, estos son: identificatorios, relacionales e históricos. Identificatorios porque no constituyen elementos situados en una superficie, como sería en base a la lectura aristotélica, sino que constituye una invención de quienes reivindican un espacio como propio, una demarcación en la que se logran reconocer en un dispositivo espacial que expresa la identidad del grupo o comunidad (Auge, 2008: 58). Son relacionales en la medida en que presentan un ordenamiento asociado al significado del lugar, los lugares no están dispuestos al azar. Y son históricos en cuanto a que presentan símbolos que sus habitantes pueden interpretar, y que se han concentrado a lo largo del tiempo. El habitante del lugar antropológico vive en la historia, no hace historia (Auge, 2008: 60).

Desde la perspectiva inversa, un espacio que no pueda definirse como relacional, identitario o histórico constituye un no lugar. La tesis principal del antropólogo es que la posmodernidad “es productora de no lugares, es decir, de espacios que no son en sí lugares, es decir, de espacios que no son en sí lugares antropológicos y que, contrariamente a la modernidad

baudeleriana, no integran los lugares antiguos: éstos catalogados, clasificados, y promovidos a la categoría de lugares de memoria, ocupan allí un lugar circunscrito y específico. Un mundo donde se nace en la clínica y donde se muere en el hospital, donde se multiplican, en modalidades lujosas o inhumanas, los puntos de tránsito y las ocupaciones provisionales [...] un mundo así prometido a la individualidad solitaria, a lo provisional y a lo efímero [...] (Auge, 2008: 84).

La principal diferencia entre los lugares antropológicos y los no lugares radica en la oposición con el concepto de espacio. Para Augé, el espacio en sí mismo es más abstracto que el de lugar, y al usarlo nos referimos al menos a un acontecimiento, a un mito o a una historia. Se aplica indiferentemente a una extensión, a una distancia entre dos cosas o dos puntos o a una dimensión temporal. Es algo predominantemente abstracto y es significativo que hoy se haga de él un uso sistemático, así como poco diferenciado, en la lengua corriente y en lenguajes específicos de algunas instituciones representativas de nuestro tiempo (Auge, 2008: 87).

A lo largo de la historia de la filosofía y las ciencias sociales, el espacio ha adquirido significados que han traspasado las barreras disciplinarias. Las ciencias positivas dedicadas a los procesos de planificación urbana han privilegiado la concepción del espacio absoluto, cuantificable racionalista, por sobre el espacio simbólico y vivido. Esta determinación, explica, en parte, el excluyente proceso de organización de la ciudad, puesto que reduce la vivencialidad y la experiencia de los individuos a una ordenación cuantificable.

CAPÍTULO I

Espacio y política:

Representación y planificación de la ciudad utópica aristotélica

La filosofía griega, desde sus inicios, se vinculó a la ciudad griega, con sus grandezas y miserias, con sus limitaciones: la esclavitud, la subordinación del individuo a la Polis.
Henri Lefebvre.

Desde la época clásica a la actualidad, se han configurado imaginarios y representaciones de las ciudades a partir de la forma en que se interpreta el espacio, los lugares y la relación de los sujetos con su entorno. La filosofía aristotélica brinda una de las primeras aproximaciones al valor de la ciudad como espacio de la experiencia política. Además elabora una planificación de la polis en términos espaciales que proyectan la distinción entre sus habitantes y el rol que juegan estos en la ciudad. Aristóteles plantea una serie de medidas en torno a la composición de una ciudad que tiende a la felicidad de una comunidad, elaborando una división social del trabajo y una jerarquización de los espacios urbanos.

La ciudad ideal en la *Política* de Aristóteles

La ciudad ha sido un concepto secundario en la filosofía política, esto se debe, principalmente, a la primacía de otros conceptos por sobre el valor de la espacialidad urbana y su relación con el ejercicio político. En este caso, Comunidad, Nación o Sociedad han concentrado los estudios con respecto a la relación entre la condición de ciudadanía y el ejercicio político. Ahora bien, nos proponemos indagar en el valor que adquiere la espacialidad urbana en el pensamiento de Aristóteles como naturaleza y marco de acción del hombre en cuanto animal social (zoon politikon).

Aristóteles define la naturaleza de la ciudad, enfatizando en elementos de composición social y espacial que irán delimitando a lo largo de *La Política*, la configuración de una ciudad orgánica. Bajo esta perspectiva, la propuesta política aristotélica no sólo se sustenta en una concepción referida a la comunidad de individuos, sino también sobre una organización del espacio urbano.

La ciudad a la que alude el filósofo guarda relación con la manifestación socio histórica particular del mundo clásico: la Polis. Dichas unidades políticas engloban Estado, territorio y comunidad, pues son ciudades-estado que se configuran de forma independiente a lo largo de la accidentada geografía de la Península Balcánica. La polis aparece en la historia como una simbiosis entre Estado, Gobierno y Comunidad, lo que explica en gran medida la organización política a la que alude Aristóteles en *La Política*: los ciudadanos gobiernan la polis. La propuesta urbana aristotélica “no se sitúa al margen de la realidad, pero no quiere limitarse a reflejarla” (Plácido, Valdés, Echeverría, & Montes, 2006). Por lo que constituye un imaginario urbano que se permea de la realidad histórica, pero que también propone una nueva concepción filosófica de la ciudad.

La ciudad existe por naturaleza, pues es anterior al individuo y la comunidad [...] porque si cada uno por separado no se basta a sí mismo, se encontrará de manera semejante a las demás partes en relación con el todo. Y el que no puede vivir en comunidad, o no necesita nada por su propia suficiencia, no es miembro de la ciudad, sino una bestia o un dios” (Aristóteles, 1988). El hombre es un animal social que por naturaleza debe formar parte de una Polis, pues se diferencia del resto de los seres porque es el único que poseedor del logos, es un ser de la razón y la comunicación, por ello puede relacionarse con otros semejantes a él.

La polis a la que alude Aristóteles no se reduce a la concepción urbanística de la ciudad, sino que integra esta perspectiva más la comunidad política. En este sentido “[...] toda ciudad corresponde a la comunidad política más importante que precede al individuo, la familia y los pueblos. Se concibe como el todo que engloba a las partes, sean estas: hombres, mujeres, familias, casas, aldeas, etc. Asimismo, la naturaleza del hombre es la vida en comunidad, su

condición social y política guarda relación con su hábitat y participación en la polis, la comunidad más perfecta en la medida en que constituye la asociación más autosuficiente en la consecución del fin último de los hombres y la sociedad, la virtud y la felicidad.

La organización de la polis aristotélica se conforma a raíz de un proceso de sinocismo⁶, es decir, de una composición de varios pueblos o tribus que se establecen en un territorio particular. Este proceso tiene por finalidad la constitución de la ciudad ideal, una unidad territorial autosuficiente que debe propender al bien común y la virtud individual y colectiva. A raíz de este proceso, la polis se estructura como una unidad orgánica en base a la división social del trabajo y conformación de clases sociales. Bajo esta visión, la polis aristotélica debe configurarse a raíz de una serie de elementos que garanticen su existencia y funcionamiento, estos son: alimentos, armas, oficios, recursos, autoridad y religión. Así, “los agricultores suministrarán los alimentos; los artesanos con sus oficios producirán los utensilios y las herramientas; las armas serán utilizadas por los guerreros; los recursos económicos estarán en poder de los ciudadanos mediante sus riquezas y propiedades; de la religión se ocuparán principalmente los sacerdotes aplicándose al culto de los dioses; y la autoridad deberá juzgar sobre la justicia” (Cervera Vera, 2011).

Esta estructuración de la ciudad ideal aristotélica genera formas de vida distintas al interior de la polis, pues conforma un proceso de división social de trabajo, abarcando las tres categorías sociales: ciudadanos, artesanos y esclavos. Los ciudadanos son el logos fundamental, ellos no ejercen ningún tipo de trabajo manual, solo intelectual. Los ciudadanos deben dedicarse al ocio, pues conforma experiencia primordial para alcanzar la virtud propia y de toda la comunidad. Entre este estamento podrán ser escogidos los guerreros, los sacerdotes y los gobernantes (ibídem). Los agricultores, artesanos y esclavos no pueden ser ciudadanos, pues sus labores son de índole material, no intelectual y carecen de la virtud necesaria para ejercer la ciudadanía.

⁶ El concepto es trabajado por Henri Lefebvre en El Derecho a la Ciudad, y es uno de las características principales que definen el proceso de constitución de la filosofía como manifestación de la experiencia urbana.

Luego de definir la condición de ciudadanía tras la estructuración en base a riqueza y forma de trabajo, Aristóteles, define una serie de características que debe presentar la polis para el cumplimiento de la autosuficiencia y la virtud. Una de estas, guarda relación con el equilibrio demográfico que debe presentar la ciudad y el porcentaje de ciudadanos con el que debe contar. Para Aristóteles, una ciudad ideal debe ser de mediano o bajo tamaño, pues la felicidad de la polis dependerá de la cantidad de ciudadanos que esta contenga, no del número de la población en general. Entre la población no podría dominar el porcentaje de esclavos, artesanos, campesinos o comerciantes, pues existiría un desequilibrio que convertiría a la polis en un espacio en donde prime el trabajo manual y no el *logos*, aspecto que aleja la consecución de la virtud. Con el fin de evitar eso, la polis, debe limitar la cantidad de individuos, pues así se garantiza un mejor gobierno.

Además de los componentes demográficos, la polis aristotélica debe poseer una serie de características territoriales que irán determinando su condición de autosuficiencia y propensión a la virtud. Debemos reconocer que este alcance es uno de los que más nos interesa destacar, pues considera el tratamiento y disposición del espacio por parte de Aristóteles. En *La Política*, además de definir la composición y rol fundamental que adquiere el ciudadano en el gobierno de la ciudad, el filósofo, elabora una planificación del espacio urbano constitutivo de la polis, reconociendo la importancia del emplazamiento, la organización y el valor de los lugares al interior de la ciudad, etc. como factores determinantes para el desarrollo autónomo de la ciudad como territorio de lo político. De esta manera, la organización del espacio urbano determina el buen funcionamiento de la ciudad y el ejercicio de gobierno.

Entre las características de la disposición espacial de la polis, Aristóteles sostiene que deben considerarse tres aspectos: calidad del suelo, configuración, tamaño y ubicación. La calidad del suelo debe ser la más óptima para la producción agrícola, pues debe brindar la producción necesaria para toda la población de la polis. En relación a su forma y tamaño, esta no debe ser de gran extensión, pues se debe mantener el control en caso de desastres, pero tampoco debe ser muy pequeña ya que tiene que permitir el fácil acceso por parte de sus habitantes, pero una difícil barrera para los enemigos y extranjeros (Cervera Vera, 2011).

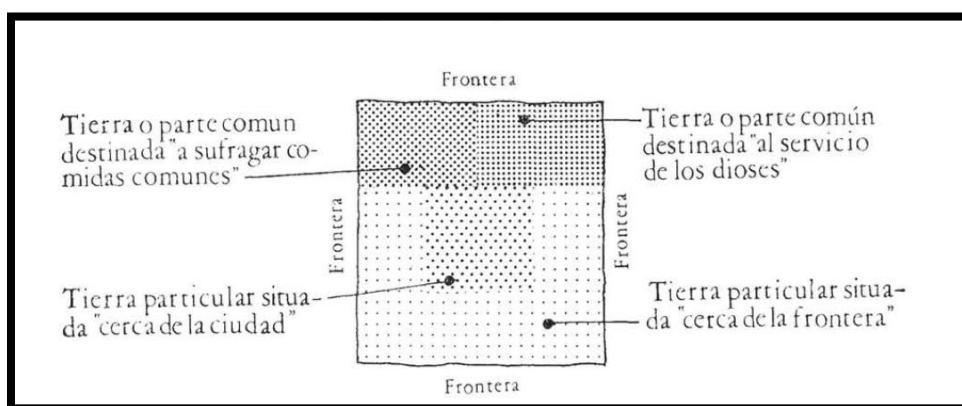
En lo que respecta a la ubicación, Aristóteles, sostiene que “si el emplazamiento de la ciudad puede elegirse conviene que esté bien situada tanto respecto del mar como respecto de la tierra” (Aristóteles, 1988: 120). Esta característica busca que exista un equilibrio en relación a los riesgos eventuales, relacionados con invasiones, comercio exterior, llegada de extranjeros, etc y la circulación de productos y materia prima en el territorio.

Vale destacar que en la conformación del equilibrio que debe presentar la ciudad como una composición orgánica, Aristóteles, se manifiesta contrario a la llegada de extranjeros, pues representan un peligro para el ordenamiento y valores de la polis. En este caso, la ciudad ideal aristotélica se presenta como cerrada en sí misma, compacta. No existe una apertura hacia el otro, pues representa un peligro debido a los valores que este profesa, el extranjero es un extraño que hace peligrar el equilibrio jerarquizado de la polis. Esta inclinación debe proyectarse en la disposición espacial de la ciudad, ejemplo de esto será el control de los sitios portuarios de la polis, por ejemplo.

El proyecto de ciudad ideal aristotélica requiere de una fragmentación y jerarquización de los espacios que la conforman. Para la conformación y organización eficiente de la Polis, es necesario dividir el territorio en dos partes: “[...] una común y otra de los particulares, y dividir de nuevo en otras dos partes cada una de ellas; y de las dos partes de la tierra común se destinará una al servicio de los dioses y otra a sufragar comidas comunes, de la de los particulares una parte estará cerca de la frontera y otra cerca de la ciudad, a fin de que, al repartirse dos lotes a cada uno, todos participen de los dos lugares, en interés de la igualdad, la justicia y la unanimidad en las guerras con los vecinos (Aristóteles, 1988: 129).

La parte común se divide en un sector destinado al culto y a las comidas comunes. Mientras que la de los particulares se encontrará cerca de la frontera y otra cerca de la ciudad (Ver figura 1). En torno a ambos espacios debe construirse una muralla con el objetivo de proteger el territorio de amenazas externas.

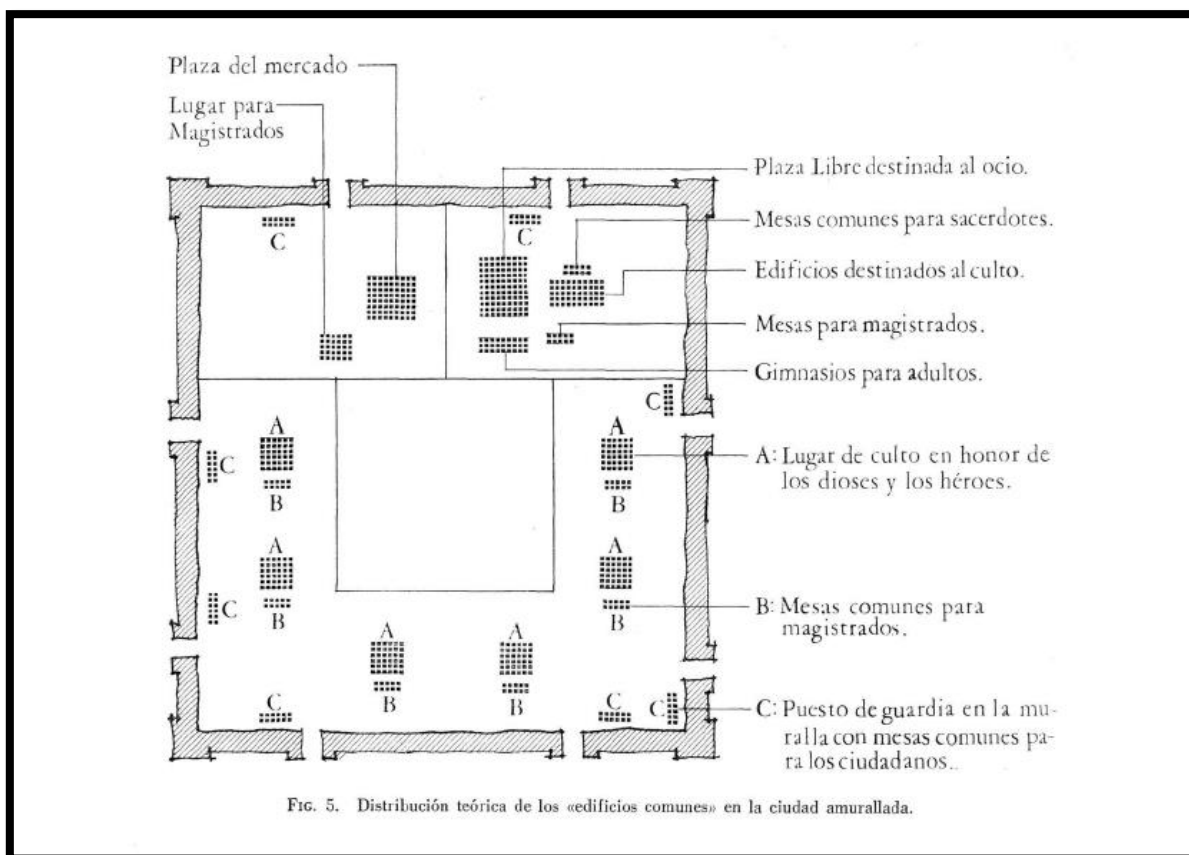
Imagen 1. División del territorio de la polis



Fuente: La ciudad ideal de Aristoteles, Cervera Vera.

En relación a la conformación interna de la polis, Aristoteles, señala la necesidad de contar con una serie de edificaciones con las que debe contar el espacio urbano (Ver figura 2). En relación a la parte común, debe construirse una zona destinada al culto de los dioses. En las tierras de las comidas comunes, corresponde la habilitación de edificaciones para magistrados y sacerdotes. También debe existir una plaza libre, esta debe estar destinada para el ocio de los ciudadanos virtuosos. No deben acceder a ella artesanos, campesinos ni trabajadores manuales (Cervera Vera, 2011). Por su autonomía, la ciudad debe contar con un mercado en donde se concentren los productos.

Imagen 2. Distribución de lugares y edificación de la ciudad amurallada



Fuente: La ciudad ideal de Aristoteles, Cervera Vera.

Aristoteles, señala las particularidades esenciales que debe poseer la polis, estas definen las funciones con las que debe contar la ciudad, estas son: alimentación, oficios, armas, recursos, cuidado de la religión y una autoridad que determine la justicia entre los ciudadanos (Aristóteles, 1988). Todos estos elementos corresponden a los servicios con los que debe contar necesariamente toda ciudad, pues esta no solo es un grupo de personas, una muchedumbre, sino que debe ser autárquica. Ninguno de estos elementos debiese faltar, pues dejaría de serlo. La existencia de estas funciones determina la división social del trabajo con la que se funda la polis aristotelica, pues no todos los habitantes de la polis pueden ser ciudadanos. Es necesario que existan trabajadores manuales.

La polis aristotelica representa un proyecto de ordenamiento urbano destinado a la consecución de la virtud. La vida en la ciudad es la naturaleza del hombre, pues es el único dotado del logos para vivir en este medio. Para la consecución de la virtud y la autosuficiencia, la ciudad se sustenta en una división social del trabajo que delimita la participación ciudadana a un grupo reducido de sujetos, puesto que el trabajo manual no era virtuoso, la ciudadanía queda restringida a intelectuales, y en donde además no se consideraba a extranjeros, mujeres o niños.

El proyecto urbano presente en La Política refleja una correspondencia entre participación política y ordenamiento urbano. La planificación efectuada por Aristóteles determina los espacios, las funciones y las edificaciones que debe poseer la ciudad con el fin de su autosuficiencia. Es por ello, que no todos tendrán acceso a los lugares de la polis, puesto que algunos quedan solo a disposición de los ciudadanos.

CAPÍTULO II

Espacio y poder:

Heterotopía y relaciones de poder en el espacio urbano

“Estamos en un momento en que el mundo se experimenta, me parece, menos como una gran vida que se desarrollaría por el tiempo que como una red que une puntos y entrecruza su madeja. Tal vez pueda decirse que algunos de los conflictos ideológicos que animan las polémicas de hoy se desarrollan entre descendientes piadosos del tiempo y habitantes acérrimos del espacio”.

Michel Foucault.

A fines de la década del 70, Michel Foucault, pronunciaba ante el *Círculo de Estudios Arquitectónicos*⁷ en Francia la llegada de una nueva época. La entrada a una fase del pensamiento en donde el espacio adquiere protagonismo desligándose de las cadenas que lo han sometido bajo el dominio de la episteme científica y la hegemonía del tiempo y la historia.

En el *Panoptismo* podemos apreciar como una economía de relaciones espaciales constituyen nuevas formas en las que el poder transita por una red de instituciones disciplinarias desde fines del siglo XVII en las sociedades occidentales. En este sentido, el autor reconoce la importancia de la lectura arquitectónica y urbanística en la apreciación de la inscripción del poder en el espacio.

⁷ Institución académica de estudios arquitectónicos fundada el año 1951 en París, entre sus miembros podemos encontrar a Le Corbusier y August Perret.

2.1 Heterotopia: Acerca de los espacios otros

La importancia que brinda Foucault al estudio del espacio se refleja en su propuesta teórica acerca de la conformación de los *espacios otros*. Estos conceptos sirven para comprender la propuesta foucaultiana acerca de la materialización de las relaciones de poder en occidente. Para ello, analiza las distintas connotaciones, representaciones y funcionalidades que han tenido los espacios desde el medioevo hasta tiempos contemporáneos. La comprensión del espacio durante la Edad Media nos conduce a un conjunto jerarquizado de lugares en oposición. Entre estos podemos considerar: los lugares sagrados y profanos, como por ejemplo, las catedrales y el teatro; lugares protegidos y lugares abiertos, entre los que encontramos castillos, monasterios y aldeas libres; lugares urbanos y lugares rurales, como los burgos y el feudo. En este sistema de jerarquización de dualidades el espacio es entendido como espacio de localización (Foucault, 1967).

Un segundo momento corresponde a la comprensión del espacio en cuanto a extensión, y se adopta tras los descubrimientos de Galileo durante el Renacimiento. En este periodo existe una transformación en la comprensión del espacio en donde ya no predomina la jerarquización de dualidades basadas en designios divinos, sino que uno ligado a principios científicos. El espacio va a ser entendido como *extensión*, el espacio es lo infinito, en donde el lugar se encuentra determinado por el movimiento. En este sentido, Foucault afirma que:

“el verdadero escándalo de la obra de Galileo no es tanto el de haber descubierto, redescubierto más bien, que la Tierra giraba alrededor del sol, cuanto el de haber constituido un espacio infinito, e infinitamente abierto; a tal efecto que en él se disolvía, en cierta manera, el lugar de la Edad Media, que el lugar de una cosa ya no era sino un punto en su movimiento, así como que el reposo de una cosa tan sólo era su movimiento indefinidamente disminuido en su velocidad.” (Foucault, 1967: 16)

Un tercer momento identificado por el autor corresponde a la percepción en la época contemporánea, en la cual se abandona la extensión y se enfoca en el emplazamiento. Este se define por las relaciones de proximidad entre puntos y elementos (Foucault, 1984:16), y en el caso de los individuos entra en estrecha relación con los problemas urbanos y demográficos hacia fines del siglo XVIII. El espacio contemporáneo no es homogéneo ni vacío, sino que uno cargado de significados, es lo heterogéneo. “Los seres vivos no entran en relación con el vacío, como se ha de entender en periodos previos, sino que en un entramado de relaciones de emplazamiento funcionales, irreductibles y en superposición” (Foucault, 1984:18).

Para Foucault existen dos grandes grupos de emplazamientos: las utopías y las heterotopías. Ambos tienen la cualidad de estar vinculados al resto de los emplazamientos al grado de invertir o suspender el ordenamiento que reflejan. Las utopías corresponden a aquellos emplazamientos que carecen de materialización, no son lugares concretos y se vinculan con el espacio real en relación inversa. Las utopías conforman espacios irreales (Foucault, 1984).

Un segundo grupo de emplazamientos corresponde a las heterotopías, concepto fundamental en la comprensión del espacio contemporáneo y su relación con el poder. Las heterotopías son lugares otros, una instancia intermedia entre la realidad y la utopía. Son contra-emplazamientos, utopías realizables y localizables (Foucault, 1984: 19), y se subdividen en dos tipos: las de crisis y las de desviación. Los primeros son lugares que poseen una valorización diferenciada, en el sentido en que son concebidos como espacios de privilegios, sagrados o reservados estrictamente a individuos que se encuentran complejizados en el entorno social en que se encuentran. Viven en estado de crisis con respecto al medio directo al que pertenecen: la familia. Por ejemplo, los reformatorios, espacios a donde se destinaba a los adolescentes conflictivos separándolos de su espacio familiar. A las heterotopías de crisis las sustituyen las heterotopías de desviación, una especie de profundización de las anteriores. Son aquellas en donde están situados los individuos cuyo comportamiento es desviado en relación con el promedio o la normal exigida (Ibíd: 20). Asimismo, conforman espacios que pueden adquirir significados y funcionamientos diversos en distintos momentos históricos. Un ejemplo brindado por Foucault será el cementerio. Este corresponde a un lugar diferenciado del resto hasta el siglo XVIII y se ubicaba en el centro de la ciudad. En su

interior, existía una jerarquía de espacios desde los majestuosos mausoleos ubicados al interior de lugares sagrados en la iglesia, hasta la fosa común en donde la individualidad se disolvía. Esta apreciación cambia en el siglo XIX, cuando los cementerios son llevados a la periferia de las ciudades, a raíz de la percepción del riesgo de enfermedades que implicaba su emplazamiento al interior de la ciudad. De esta forma, la higiene termina por reemplazar la percepción y utilidad de los cementerios.

Otra característica de las heterotopías es que funcionan en un tiempo distinto al del espacio social. Operan cuando los sujetos están en ruptura absoluta del tiempo tradicional, por ejemplo: los museos, las bibliotecas, etc. En estos espacios el tiempo se acumula, no cesa de amontonarse. En el siglo XVII, museos y bibliotecas eran una opción personal. Sin embargo, hacia el siglo XIX, irrumpe la idea de acumular todo, de constituir una especie de archivo general, la voluntad de encerrar en un lugar todos los tiempos, todas las épocas, las formas, los gustos (Ibíd: 23).

El concepto de Heterotopía es el que concentra la propuesta del filósofo en torno a la comprensión de la materialización de las relaciones de poder y saber en la historia de occidente. Específicamente, en lo que respecta a la sociedad disciplinaria y las instituciones de clausura. Esto se sustenta, en que las heterotopías son también espacios que presentan un sistema de clausura y aislamiento, y además una funcionalidad con respecto al espacio social. Pueden crear en su interior un espacio ilusorio para la consecución de su objetivo, o incluso, un ordenamiento tan real y detallado que el espacio exterior pueda parecer desordenado. Este es el caso de los hospitales psiquiátricos, las cárceles, escuelas, etc.

2.2 Sobre el rol de la arquitectura

Hacia fines del siglo XVIII, la arquitectura comienza a exhibir un cambio radical en lo que respecta a su relación con el poder y el gobierno de las sociedades occidentales. Foucault sostiene que no es pertinente hablar de un cambio en la teoría de la arquitectura, establecerlo

sería incorrecto, sino que más bien propone interpretar esta transformación desde una perspectiva instrumental; en este caso, como un cambio en la función política que adquiere la arquitectura a partir de la modernidad. En este sentido, deberá hacer frente a otros problemas, ya no relacionados con la expresión de una retórica del poder y la magnificencia de la ciudad barroca, sino más bien con la organización del espacio para objetivos políticos y económicos.

La arquitectura debe volverse, necesariamente, funcional y base del ordenamiento del espacio urbano. Este comenzará a desarrollar nuevos discursos y valorizaciones en lo que respecta al buen vivir en las ciudades. De esta manera, el autor afirma que:

“[...] a partir del siglo XVIII, se ve desarrollar una reflexión sobre la arquitectura en tanto que función de los objetivos y de las técnicas de gobierno de las sociedades. Se ve aparecer una forma de literatura política que se interroga sobre lo que debe ser el orden de una sociedad, lo que debe ser una ciudad, dadas las exigencias del mantenimiento del orden; y dado también que hay que evitar las epidemias, evitar las revueltas, promover una vida familiar conveniente y conforme a la moral. En función de estos objetivos ¿Cómo se debe concebir a la vez la organización de una ciudad y la construcción de una infraestructura colectiva? ¿Cómo se deben construir las casas?” (Foucault, 2015).

Antes del advenimiento de la modernidad, la arquitectura estaba destinada a manifestar la magnificencia del poder soberano, la ciudad se constituía como el gran escenario de la espectacularidad de los suplicios y martirios corporales, el poder es más visible que nunca. En el orden arquitectónico, la ciudad barroca expresa la concentración del poder mediante la monumentalidad de sus plazas, los edificios, palacios y jardines. No prima la planificación y la funcionalidad moderna, sino que la ostentación y la magnificencia del poder de las monarquías absolutas. Foucault realiza un contraste con respecto a ambos modelos urbanos, reconociendo en el urbanismo barroco la constitución de la ciudad

punitiva, en donde en casa lugares se encuentran desbordados de poder. En esos tiempos “[...] el arte de construir respondía sobre todo a la necesidad de manifestar el poder, la divinidad, la fuerza. El palacio y la iglesia constituían las grandes formas a las que hay que añadir las plazas fuertes: se manifestaba el poderío, se manifestaba el soberano, se manifestaba Dios.” (Foucault, 1980: 11).

2.3 Tres ciudades: relaciones de poder en el espacio urbano

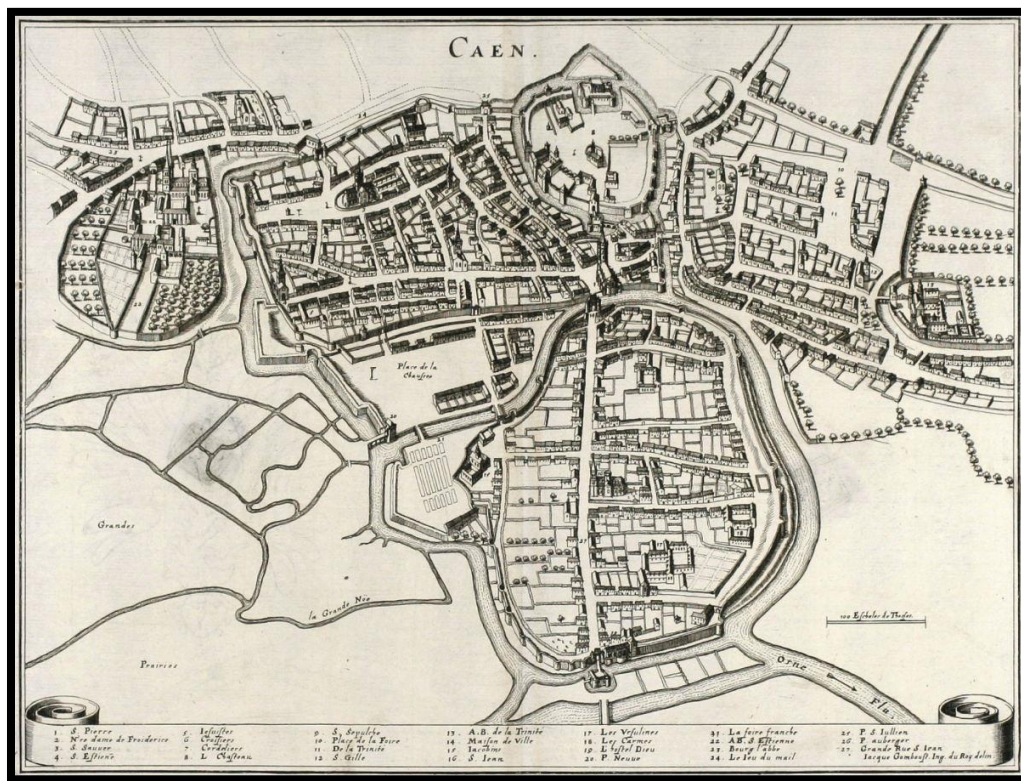
En base al funcionamiento de los mecanismos de poder, Foucault, reitera la importancia del valor del espacio en distintas etapas históricas. Desde la conformación del poder soberano hasta las sociedades de control existen diferentes significados y funciones que adquiere el espacio urbano en relación a las transformaciones en el ejercicio del poder.

La primera modalidad corresponde al ejercicio del poder soberano. Este se traduce en el valor del estatuto jurídico que delimita de forma binaria lo permitido y lo prohibido. Las sociedades de soberanía ven legitimado el ejercicio del poder en base al funcionamiento del poder legal. El segundo mecanismo, característico de la modernidad, instala la primacía de la vigilancia y la corrección como estrategias de una nueva forma de organización del poder, esta vez desde una perspectiva disciplinaria se orientará a la generación de cuerpos dóciles. Y la última, corresponde a la sociedad de control y los dispositivos de seguridad. Esta nueva modalidad, buscará modular a la población, perfeccionando el sistema de control y enfocándose en lo aleatorio y los riesgos eventuales (Foucault, 2006).

En las tres instancias históricas es posible apreciar una valorización distinta del espacio urbano. El ejercicio del poder se concreta en la dimensión espacial, en este caso, la espacialidad urbana, la que queda en manifiesto en la configuración de las ciudades en distintos periodos históricos. Los tres sistemas comparten el valor del espacio como factor determinante del ejercicio del poder.

Durante el Antiguo Regimen, el espacio urbano se estuvo definido en relación a su condición de territorio administrativo, pues conformaba parte del dominio del Estado monárquico. Las ciudades del poder soberano, se caracterizaban por constituir un espacio de especificidad jurídica y administrativa que se diferenciaba de forma evidente con el resto del territorio. Tanto las ciudades clásicas como las medievales se presentan como contraparte del espacio rural. Existe una delimitación física y simbólica entre ambos espacios. Por otra parte, no era un espacio abierto, al contrario, la ciudad se encontraba amurallada, era un espacio cerrado en donde primaba la autoridad militar (Ver imagen 3). No obstante, esta condición urbana comenzará a suscitar problemáticas debido a una serie de fenómenos, tales como: el crecimiento demográfico o el auge de la actividad comercial. La ciudad entendida solo como espacio jurídico, dificultaba el desarrollo de la actividad económica pues se encontraba llena de límites para la libre circulación de mercancía e individuos.

Imagen 3.
La Ciudad Medieval de Caen, Francia.



Fuente: Archive Municipale de Caen, 1346.

La ciudad amurallada constituía un enclave que comenzaba a significar un problema para el desarrollo de la actividad económica, pues por esto, hacia el siglo XVIII existe una resignificación del espacio urbano. La ciudad debía resituarse en un espacio de circulación (Foucault, 2006).

La ciudad soberana del siglo XVIII se articula con el resto del territorio, ya no permanece cerrada en sí misma, aunque emerge una jerarquización del espacio urbano en donde la capital comienza a adquirir un valor dominante en relación con el resto del territorio. Foucault, rescata el estudio urbano del historiador francés Le Maitre para reflejar esta nueva concepción de la ciudad. La importancia que adquiere su visión, según Foucault, refleja la relación geométrica, simbólica y estética del centro urbano. La capital de un país debe necesariamente corresponder al centro físico y simbólico del territorio (Foucault, 2006). No obstante, no debe abandonar su condición política, pues debe existir un cuerpo normativo que refleje la importancia del poder en cada espacio del territorio.

Desde el plano simbólico, es necesario que “la capital tenga un papel moral y difunda hasta los últimos confines del territorio todo lo que es necesario imponer a la gente en materia de conducta y maneras de obrar. La capital debe dar el ejemplo de las buenas costumbres. Debe ser el lugar donde los oradores sagrados sean los mejores y se hagan oír de la manera más eficaz, así como la sede de las academias, pues las ciencias y la verdad deben nacer en ella para difundirse por el resto del país” (Foucault, 2006: 31).

En suma, para Foucault, las ciudades de soberanía representan el proyecto exitoso de materializar el poder soberano en la organización espacial. Pues bien:

“Un buen soberano, se trate de un colectivo o de un individuo, es alguien que está bien situado dentro de un territorio, y un territorio bien controlado en el plano de su obediencia al soberano es un territorio con una buena disposición

espacial [...] la eficacia política de la soberanía, está ligado a la idea de una intensidad de las circulaciones: circulación de ideas, circulación de voluntades y las ordenes, y también la circulación comercial” (Foucault, 2006: 32).

Un segundo caso analizado por Foucault, corresponde a la relación entre espacio urbano y el poder disciplinario. En relación a este vínculo, el autor sostiene que durante la época moderna, la ciudad comienza a adoptar la organización de un campamento romano⁸. A diferencia de la ciudad soberana, en donde el poder estaba manifiesto en los más reconditos confines. La ciudad en las sociedades disciplinarias realiza un perfeccionamiento del control a nivel detalle, por lo que dista de sus predecesoras.

El espacio de las ciudades disciplinarias presentan una racionalización del espacio que se caracterizará por una disposición geométrica del ordenamiento urbano (Ver imagen N°4). Las ciudades modernas presentarán un alto grado de planificación urbana, puesto que la forma pone de manifiesto el principio de simetría que las comenzará a regir (Foucault, 2006). En esta disposición espacial, todo lugar adquiere un significado en el entramado geométrico. Este esquema refleja con exactitud el tratamiento disciplinario de las multiplicidades en el espacio, es decir, la constitución de un espacio vacío y cerrado en cuyo interior se construirán multiplicidades artificiales que se organizan según el triple principio de la jerarquización, la comunicación exacta de las relaciones de poder y los efectos funcionales específicos de esa distribución. La ciudad soberana buscaba constituir un territorio, mientras que las disciplinarias introducen a las ciencias y otros campos técnicos a la planificación del espacio.

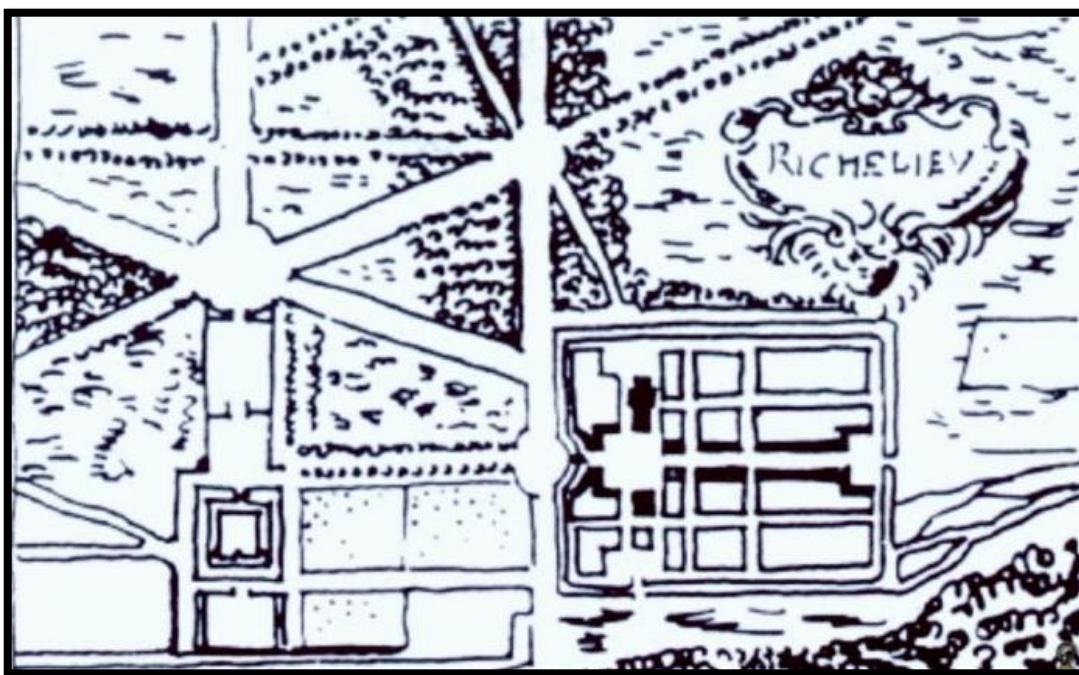
Otro ejemplo significativo de este ordenamiento lo encontramos en el modelo de ciudad obrera, fenómeno característico de la época moderna. En la ciudad obrera la disposición espacial se encuentra absolutamente planificada, representaba una ciudad modelo en base a un espacio euclidiano, una ciudad ideal. En esta “[...] se articulan mecanismos disciplinarios

⁸ La ciudad de la imagen corresponde a Richelieu, un modelo característico de una ciudad disciplinaria. La ciudad se organiza en torno a un espacio central para luego segmentarse. que se organiza en torno a una calle central que divide en dos rectángulos el rectángulo mismo de su trazado. (Fuente: Michel Foucault Seguridad, territorio y población.)

de control del cuerpo, de los cuerpos, mediante su diagramación, mediante el recorte mismo de la ciudad, mediante la localización de las familias (cada una en una casa) y los individuos (cada uno en una habitación). Recorte, puesta en visibilidad de los individuos, normalización de las conductas, especie de control policial espontáneo que se ejerce así por la misma disposición espacial de la ciudad” (Foucault, 2000: 227).

Imagen 4

La Ciudad Campamento, Richelieu, Francia.



Fuente: Jacques Lemerrier, 1625.

El último modelo corresponde a las ciudades higienizadas del ejercicio de la biopolítica, aunque también podríamos nombrar, desde la actualidad, la planificación de las ciudades en relación con los dispositivos tecnológicos y los espacios de seguridad.

En el caso de las primeras, hacia el siglo XVIII, uno de los problemas más importantes de las ciudades occidentales era el hacinamiento, la mala salubridad y la falta de higiene. Uno de los sentimientos que más primaba ante este panorama era la inseguridad, pues la elevada cifra de habitantes y las malas condiciones de vida, hacían de los espacios urbanos, lugares de representación de alto riesgo y peligrosidad. La inseguridad urbana se incrementaba debido a la afluencia de todas las poblaciones flotantes, mendigos, vagabundos, delincuentes, criminales, ladrones, asesinos (Foucault, 2006). La ciudad debía necesariamente organizar su funcionamiento, optimizarlo mediante la neutralización de los agentes de riesgo.

En relación a las ciudades contemporáneas, estas se han configurado como espacios de control que ven en su entramado, principalmente, la articulación de dispositivos tecnológicos que optimizan la vigilancia de la población que habita estos espacios, logrando así en el espacio cotidiano de la ciudad la regulación de los individuos, sin la necesidad de depender estrictamente de los espacios de clausura.

Los tres modelos urbanos reflejan los vínculos que entabla el poder con la dimensión espacial. El espacio es valorado desde diversas perspectivas, dependiendo de la funcionalidad que se requiera. La ciudad soberana define el espacio desde una dimensión político-normativa, por lo que prima su interpretación en cuanto territorio, espacio jurídico. En el caso de la ciudad disciplinaria, esta presenta una valorización del espacio en cuanto superficie cuantificable, es la emergencia del espacio euclidiano que permite la ordenación de los cuerpos en superficies determinadas en relaciones de emplazamientos en el espacio. Y por último, las ciudades desde el siglo XVII introducen nuevos saberes a su ordenamiento, en este caso: la medicina y la tecnología. Siendo ambas funcionales a la optimización del control de la población en el espacio cotidiano. Son las ciudades del riesgo, las ciudades del miedo.

CAPÍTULO III

Espacio y vida cotidiana:

Los espacios urbanos en la filosofía de Humberto Giannini.

*“Siguiendo una antiquísima tradición, creo que conocer,
en un modo muy distinto al racional – científico,
es hacerse paulatinamente semejante a la cosa conocida:
a la compañera con la que compartes los años de tu vida,
semejante al lugar en el que haces tú morada,
a la ciudad que te cobija.”*

Humberto Giannini

La relación de los espacios urbanos y la experiencia cotidiana es uno de los aspectos más significativos en la filosofía de Humberto Giannini. La experiencia cotidiana revisa los vínculos que entablan los individuos con la ciudad en distintas modalidades. Para el desarrollo de su propuesta, destaca un método de aproximación al estudio de la experiencia cotidiana: la arqueología. En su obra, *La reflexión cotidiana: hacia una arqueología de la experiencia*, plantea que es necesario adentrarnos en un análisis que nos permita apreciar el valor de la vida cotidiana desde la filosofía. Para esto se debe delimitar teóricamente el territorio propio donde la experiencia se hace posible. Delimitarlo, describirlo, recorrerlo, interpretarlo. Este territorio es, como decíamos, la vida cotidiana; vida que desde la insignificante apariencia de su superficie ha de abrir el acceso a una reflexión sobre los aspectos esenciales de la existencia humana (Giannini, 2004: 26). En este sentido la arqueología cobra importancia puesto que permite revalorizar sucesos que en primera instancia pueden parecer insignificantes, pero que concentran valores que nos permiten apreciar las experiencias comunes entre los individuos.

La cotidianidad representa una categoría, no una apariencia que debe ser sustituida por algo más profundo y trascendente, sino que un modo de ser de los sujetos que se reitera constantemente. De forma escueta, Giannini, considera que lo cotidiano corresponde a aquello que pasa todos los días. Así, comienza a explicar el valor de la experiencia callejera

en su percepción del valor de lo cotidiano. Tomemos pues la calle como punto de referencia. “Esta calle por donde yo voy y vengo todos los días; en la que todos los días, a una hora consabida vuelven a repartirse los periódicos, a barrerse las veredas, a levantarse las cortinas de las tiendas, a instalarse los vendedores callejeros, a pasar el recolector municipal. Lo cotidiano es justamente lo que pasa cuando no pasa nada” (Giannini, 2004: 28).

La propuesta de Giannini se centra en una aproximación a la experiencia topográfica de los sujetos en su rutina por el territorio urbano. Una ruta que se reitera diariamente, un transitar que distingue espacios estructurantes, y que tiene por focos el espacio domiciliar y el laboral. El retorno a lo mismo queda topograficamente individuado por el punto en que se cierra el ciclo habitual: el regreso al domicilio (Giannini, 2004). El ejercicio topográfico de aproximación a la experiencia cotidiana refleja un trazado de espacios por donde se desplaza el sujeto en su ruta cotidiana. El ciclo comienza en el domicilio, continua con la calle, luego el trabajo, nuevamente se regresa a la calle, y termina en el domicilio.

Esta trayectoria comienza en el domicilio, pues en torno a este se configura la rutina cotidiana. Se convierte como el punto eje del proceso. El domicilio representa una categoría fundamental de la estructura de la experiencia cotidiana; categoría que no deberá ser asociada en ningún caso a imágenes de convivencia familiar, a tradiciones y afectos. Sino que en cuanto guarnición del espacio público. “Ser-domiciliado, lo es el hombre cavernario, de Platón, lo es el anacoreta, el mendigo que se guarece bajo los puentes; el nómada, con su tienda ambulante; el universitario de provincia que vive en pensión; la asilada, en el prostibulo; el conscripto en el cuartel” (Giannini, 2004: 31).

El domicilio, según Giannini (2004), es mucho mas que un espacio cerrado, ya que corresponde a la instancia donde cada individuo comienza a construir su mundo, a levantarlo, a tejerlo, a atisbar sus horizontes y crear, dentro de ellos los surcos circulares de su biografía cotidiana (32p). En este sentido, representa algo más que una instancia de retorno y protección de las inclemencias del tiempo, sino que se traspasa la barrera del espacio público. En el domicilio se experimenta un regreso a sí mismo, un alejamiento de la dispersión de la calle o la enajenación laboral. El regreso a uno mismo está simbolizado por

el recogimiento cotidiano conformado por espacios, tiempos y cosas familiares que son disponibles. Un retorno a un orden vuelto sustancialmente hacia los requerimientos del ser domiciliado (Giannini, 2004: 31).

De forma sustancial, el domicilio corresponde a la instancia más inmediata y cercana que configura el individuo como un retorno a sí mismo, una primera instancia reflexiva. No obstante, también constituye el espacio eje hacia el mundo, el afuera. Puesto que conforma el espacio que dispone al sujeto a retomar la rutina para luego retornar. Así desde el yo domiciliado es posible observar el mundo objetivo. Desde la apreciación de la experiencia cotidiana de los individuos es posible reconocer la importancia del espacio domiciliar como símbolo de la singularidad humana, en cuanto espacio de reflexión y retorno a sí mismo.

Una segunda estación en el trazado cotidiano de los sujetos corresponde a la calle, el medio de circulación. La calle cumple con la labor de conectar los espacios extremos: domicilio y trabajo. El lugar para sí y el lugar de ser para los otros. Giannini afirma que:

“La calle es el espacio de la comunicación, de unir extremos de la ruta; pero lo es también en el sentido de hacer presente, de mostrar allí, en ese espacio ocasional de convergencia y apertura, lo que a los transeúntes pudiera detener e interesar: los productos de trabajo; representados ofrecidos en llamativa propaganda, expuestas en vitrinas, pregonados por el comercio ambulante; todo, a través de una técnica sofisticada que invade los espacios y pausas, en el desmesurado intento de meterse en la conciencia desprevenida del transeunte.”
(Giannini, 2004: 37)

La calle también es comunicación porque constituye el espacio de la opinión pública por excelencia. Esta se manifiesta mediante una heterogeneidad de expresiones y estrategias. En nuestros tiempos, la calle se ha convertido en un espacio de protesta ante distintas problemáticas sociales de la sociedad contemporánea. Hoy, la expresividad de la opinión pública, está encarnada en muchas voces y estrategias que se toman el espacio urbano; desde una marcha contra el sistema de pensiones hasta la elaboración de un mural.

Es lo abierto, pues conforma un espacio de posibilidad de irrupción de la rutina mediante el encuentro con el otro y el tránsito a otros espacios. En la calle nos encontramos con la humanidad concreta y desconocida, una humanidad no abstracta que se encuentra a mi alcance. Una humanidad que puede obstaculizar mi paso en base a un sinfín de experiencias. Asimismo, la calle también representa un espacio abierto conducente a lugares diversos a los que fija la rutina. En este sentido, la calle, además de medio es límite de lo cotidiano: permanente tentación de romper con las normas, con los itinerarios de una vida programada (Giannini, 2004).

Es importante destacar como en la propuesta filosófica del autor existe una revalorización de la espacialidad de la calle. Tema poco común en la historia de la filosofía. Si bien, como abordamos en un apartado anterior, la calle en cuanto espacio público ha sido concebida desde la filosofía clásica como el espacio del logos y la participación política ciudadana, la propuesta de Giannini nutre el análisis en torno a la especialidad urbana dotándola de nuevos sentidos ligados a la experiencia singular y social de los sujetos. Nos interesa destacar como el autor percibe la calle como un espacio multidimensional, puesto que trasciende la visión tradicional del espacio público. Para Giannini, la calle es, “por una parte, medio expedito de comunicación espacial; por otra, territorio abierto en el que el transeúnte, yendo por lo suyo, en cualquier momento puede detenerse, distraerse, atraerse, desviarse, extraviarse, seguir, dejarse seguir, ofrecer, ofrecerse”. (Giannini, 2004: 39)

El espacio de la calle es una instancia de desprendimiento, una condición de posibilidad abierta al azar, abierta al transitar sin rumbo. Espacio de irrupción de la rutina cotidiana, que permite apreciar el grado de imprevisibilidad de la existencia, ya que transtoca la racionalización de la rutina entre espacio domiciliario y espacio laboral. La calle corresponde a una instancia de purificación simbólica de nuestra individualidad modalizada, calculada por la especialización en el trabajo y la separatividad del espacio domiciliario (Giannini, 2004).

Otro elemento de la topografía de lo cotidiano corresponde al espacio de trabajo, segundo foco de la rutina. Representa la instancia de salida de lo individual y el comienzo de la apropiación del mundo. El trabajo representa el lugar de mi disponibilidad para lo otro: disponibilidad para la máquina que debo hacer producir para el patrón, para el jefe, para la clientela; disponibilidad para el auditorio, para el consumidor. Un ser para otros a fin de ser para sí, en un tiempo externo y mediatizado (Giannini, 2004: 35). La comunicación en el trabajo difiere del espacio de la calle, pues prima en él una comunicación vertical fruto de la jeraquía laboral. Asimismo, la comunicación puede presentar una perspectiva horizontal, pues en el trabajo suele primar la competencia.

La plaza y el bar son otras dos categorías espaciales que introduce Giannini en su reflexión topográfica. Ambos conforman los espacios de transgresión de la rutina cotidiana. En el caso de la plaza, esta posee una función reflexiva junto a los otros. La comunidad se reúne junto a ella en una experiencia común, esta se torna el punto de encuentro y convergencia en las instancias de ejercicio político comunitario, la preocupación en torno a las viviendas del barrio, la defensa del medio ambiente, etc. Alrededor de ella se levantan las instituciones por las que el ciudadano mantiene un trato directo o indirecto de intercambio permanente con los demás conciudadanos (Giannini, 2004). La plaza constituye la instancia en donde el individuo puede romper la rutina funcional, puede salirse del tiempo dominante, como dirá el autor, conforma el punto cero de la historia de la ciudad. La plaza adquiere un valor ciudadano en la medida que conforma un punto de encuentro entre los habitantes de la ciudad, es la posibilidad constante de un reencuentro con el otro. Punto preocupante si pensamos en el avance del mundo del retail y la disminución del tiempo en este espacio reflexivo. Las familias chilenas ya no optan por pasar un domingo al aire libre en el espacio reflexivo de la plaza, sino más bien estas se han visto reemplazadas por el espacio de las supertiendas.

En relación al bar, este corresponde a un mundo marginado del ritmo del quehacer. Lo marginal también constituye la organización del espacio de la cantina, pues no existe centralidad que configure su interior. En el bar todo se encuentra desfocalizado, de modo que al entrar, lo primero que se percibe son voces de diversa procedencia, de distintos

tiempos (Giannini, 2004). El espacio del bar se caracteriza por presentar un tiempo cualitativo, así podemos entender la frase de “conversar tres botellas de vino” se vuelve una forma de expresar cualitativamente el tiempo que se vive en el bar.

El bar presenta un simbolismo que lo asemeja a la experiencia confesional y de comunión, pero también a la ruptura de las normas del trabajo y la vida pública. Por una parte, conforma núcleos confesionales en cada foco de conversación, el rescate del tiempo que se cuele entre la funcionalidad del tiempo del quehacer. En el bar ocurre una búsqueda de un tiempo perdido: el tiempo de las cosas no dichas, el tiempo de los sueños sofocados; el tiempo que, por pura falta de tiempo, se nos ha vuelto casi inconfesable (Giannini, 2004: 99).

La importancia de adentrarnos en la propuesta filosófica de Humberto Giannini deja en manifiesto la revalorización de la vida cotidiana y los espacios de la ciudad por parte de la filosofía. Si bien el autor asume la necesidad de afrontar esta tarea mediante un ejercicio arqueológico, reconoce la importancia de volver la mirada hacia experiencias silenciadas por la visión tradicional de la filosofía, en este caso la vida cotidiana y sus espacios.

REFLEXIONES FINALES

En la actualidad, la ciudad se ha convertido en un objeto de estudio de gran interés para distintos campos disciplinarios. Hablar de la ciudad ya no solo es propiedad de la ingeniería o la arquitectura, puesto que hoy implica la confluencia de distintos lenguajes que permiten comprender integralmente la multiplicidad de fenómenos que en esta ocurren. El aumento de la conflictividad en las ciudades es indicador de tal apertura, debido a que demuestra la necesidad de integrar distintos lenguajes y códigos para la apreciación de las perspectivas del fenómeno urbano.

La defensa por los barrios históricos, la formación de organizaciones barriales, la lucha por los espacios públicos y áreas verdes, las manifestaciones masivas, entre otros, son señales de que la ciudad es escenario y territorio en disputa. Tanto disciplinas como habitantes, configuran estrategias que buscan ampliar la percepción del espacio vivido y simbólico. Volver a percibir la ciudad como espacio político o espacio de encuentros, tarea compleja en nuestro tiempo, pues la concepción del espacio matemático, vacío e inerte contribuye a alejar esta representación.

La noción de espacio concentra una multiplicidad de acepciones provenientes de diversas áreas de estudio. Tan solo en la filosofía fluctúa desde lo absoluto o expresión geométrica, hasta un constructo social de orden simbólico. Desde la filosofía clásica, pasando por el racionalismo, la teoría política o la fenomenología han contribuido a la apertura en la apreciación del espacio como categoría válida para la interpretación de la realidad social. Factor de importancia al momento de analizar las problemáticas urbanas, puesto que brindan una base conceptual más amplia acerca de los alcances y matices que adquiere el espacio en estos conflictos.

El lenguaje técnico se agota ante la conflictividad social en torno a la defensa de barrios históricos. La planificación urbana debe ampliar necesariamente la perspectiva con la que comprenden el espacio, puesto que continuar definiéndolo como una categoría abstracta solo

aumenta los conflictos y la precarización de las condiciones de vida en nuestras ciudades. La organización de los espacios urbanos no puede seguir como proceso unilateral por parte de técnicos y expertos. La tarea de construir ciudades más sustentables e inclusivas requiere de una integración de lenguajes y sujetos excluidos históricamente del proceso de organización del espacio urbano.

Este trabajo tuvo el propósito de revisar momentos en la filosofía en los que la ciudad y sus espacios adquieren importancia para la apreciación de la vida política, la relación que entablan los sujetos con el medio mediante la construcción de imaginarios, la organización del espacio en la fijación del entramado de las relaciones de poder, y por último, rescatar las experiencias en torno a la topología de los espacios transitados en nuestra vida cotidiana. Espacios para nuestra individualidad, espacios de encuentro con el otro, espacios de ruptura con nuestra rutina, etc.

La ciudad ha sido una forma de sobrevivencia y apropiación del medio ambiente. De acuerdo a la concepción aristotélica, surge como fruto de la organización de las comunidades para el desarrollo, progreso y el bien común. La elaboración de una jerarquía de espacios al interior de la polis corresponde a una proyección de la división del trabajo y una delimitación del ejercicio ciudadano en las ciudades antiguas. Una orgánica urbana que define la condición de ciudadanía de forma excluyente, pues es la única garante del objetivo superior de la polis, su autarquía.

El espacio y la ciudad también conforman dos elementos fundamentales en la propuesta filosófica de Michel Foucault. Estamos en la época del espacio, es el momento de abandonar la hegemonía del tiempo y la historia, y observar el valor del espacio como categoría de análisis para la comprensión de la organización, funcionamiento y representación del poder en la historia de occidente. Desde la configuración de espacios otros hasta la materialización de las relaciones de poder en distintos modelos urbanos, conforman iniciativas que buscan valorizar la ciudad y las experiencias urbanas, reconociendo las problemáticas que se configuran en torno a la concepción y organización del espacio.

Y por último, adentrarnos en la propuesta de la experiencia en torno a una topología de la experiencia cotidiana, rescatando el valor que brinda Humberto Giannini a los espacios del domicilio, la calle, el lugar de trabajo, la plaza o el bar.

Bibliografía

- Acevedo, J. (1988). Una aproximación al pensamiento de Humberto Giannini. *Revista chilena de humanidades* N°10, 23-37.
- Aristóteles. (1988). *La Política* . Gredos.
- Auge, M. (2008). *Los no lugares, espacios de anonimato* . Barcelona: Gedisa.
- Benítez, L. (2013). La filosofía natural en René Descartes. *Cuaderno de Anuario Filosófico* , 37-48.
- Cervera Vera, L. (2011). La ciudad ideal de Aristóteles. *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*., 23-47.
- Claval, P. (2002). El enfoque cultural y las concepciones geográficas del espacio. *Boletín de la A.G.E.*, 21-39.
- Delgado Mahecha, O. (2003). *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea* . Bogotá: Unibiblos. Universidad Nacional de Colombia.
- Foucault, M. (1967). De los espacios otros . *Conferencia dictada en el Cercle des études architecturales*, (págs. 1-6). Paris .
- Foucault, M. (2000). *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica .
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio y población: Curso en el College de France* . Buenos Aires : Fondo de cultura económica .
- Foucault, M. (Verano 2015). Espacio, saber y poder. Bifurcaciones. *Bifurcaciones*, N°19, 1-15 .
- Giannini, H. (2004). *La Reflexión cotidiana: hacia una arqueología de la experiencia* . Santiago: Editorial Universitaria.
- Gravano, A. (2013). *Antropología de lo urbano*. Buenos Aires: Editorial Unicen.
- Lefebvre, H. (1969). *El Derecho a la ciudad* . Barcelona: Ediciones península .
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Marleau Ponty, M. (1993). *La fenomenología de la percepción* . Barcelona : Planeta de Agostini .
- Mongin, O. (2006). *La condición urbana: La ciudad a la hora de la mundialización* . Buenos Aires : Paidós .
- Plácido, D., Valdés, M., Echeverría, F., & Montes, Y. (2006). *La construcción ideológica de la ciudadanía*. Madrid: Universidad Complutense .

Schmitt, C. (1950). *El Nomos de la tierra* . Argentina : Struhart .

